



LIBERALES CHIHUAHUENSES.  
MURALES DEL PALACIO DE GOBIERNO. CHIHUAHUA.

## CAPÍTULO XII

### EL CUMPLEAÑOS DE JUÁREZ EN CHIHUAHUA

ENTRE LAS MANIFESTACIONES DE adhesión y simpatía que el Presidente Juárez recibió de parte de los habitantes de la ciudad de Chihuahua, durante su larga estancia en el territorio del Estado, posiblemente ninguna tuvo la mayor resonancia, por la amplia publicidad que se le dio, que el agasajo organizado el 21 de marzo de 1865, día en que cumplió cincuenta y nueve años. Una comisión nombrada por el Gobernador Trías e integrada por los señores licenciado Jesús María Palacios, Francisco de Urquidí y licenciado Laureano Muñoz, se encargó de coleccionar fondos entre amigos y simpatizadores del funcionario mencionado y de formular el programa respectivo.

El Presidente asistió a los actos organizados en compañía de sus inmediatos colaboradores, habiéndolo hecho igualmente numerosos funcionarios y empleados del Estado, amigos y los personajes locales de mayor representación personal, política y económica.

Aunque los datos relacionados con el homenaje en cuestión han sido publicados varias veces, unas en forma general y otras de manera parcial, no deben faltar en el resumen general de la peregrinación del personal del Gobierno Nacional. Su reproducción tiende a hacerlos perdurar a fin de extender su conocimiento entre las generaciones presentes en momentos en que se recuerda el primer centenario de aquellos grandes acontecimientos relacionados con la vida de la República, y por las ideas expuestas por los diversos oradores que se sucedieron en el uso de la palabra. Además, aquella manifestación de adhesión honrará siempre a los chihuahuenses.

*El Republicano*, Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Chihuahua, en sus números 40, 42 y 43 de fechas 25 de marzo y 8 y 15 de abril del citado año, publicó la siguiente información, relacionada con dicho agasajo:

*"Gacetilla. Solemnidad del cumpleaños del ciudadano Presidente de la República, Benito Juárez.* El día 20 del corriente, víspera del cumpleaños del señor Presidente de la República, se dictaron por el C. Gobernador y comandante militar del Estado las órdenes respectivas a fin de que, por la plaza, se hicieran los honores que le corresponden y se prepararan las solemnidades análogas a esta circunstancia, para celebrar el venturoso natalicio del C. Benito Juárez; pero este señor, con la modestia que lo distingue y caracteriza, suplicó en carta particular al C. general Ángel Trías se sirviese suspender toda manifestación pública y oficial, en celebración del día de su cumpleaños. Éste fue el motivo por el cual se notó que en el alba y durante las demás horas acostumbradas no hubiese los saludos de ordenanza que siempre se habían hecho por deber y precepto al primer Magistrado de la República, sin ser, por lo tanto,

ciertas las especies más o menos alarmantes que llegaron a circular en esta capital y las mismas que se atribuyeron a desgraciados acontecimientos en las armas republicanas, que sostienen la independencia nacional.

“Amaneció el fausto día 21 de marzo de 1865, memorable por haber sido el cumpleaños del C. Presidente de la República y desde una hora oportuna comenzaron a concurrir ciudadanos de todas clases a Palacio de Gobierno, en donde, con indecible placer, felicitaban al señor Juárez, dirigiéndole justos homenajes de gratitud y debidos parabienes por su ventura y felicidad. El C. Gobernador y comandante militar del Estado concurrió también a Palacio a las doce del día, en comitiva con los empleados civiles y militares del mismo y de la federación, con el objeto de dirigir la más completa y merecida felicitación al C. Presidente, en nombre de los habitantes de esta capital, como en efecto lo hizo el C. general Trías con la mayor ternura y conmoción, habiendo contestado el señor Juárez de una manera digna y satisfactoria y, concluido este acto, se dirigieron brindis tan entusiastas por algunos de los concurrentes al C. Presidente, quien tuvo la bondad de servir él mismo el refresco sin haber permitido (a pesar de las muchas súplicas que se le hicieron), que otra persona tomase dicha comisión, sino hasta después.

“Una hora permaneció el C. Gobernador en el Palacio de Gobierno con el fin insinuado y regresó con el acompañamiento al local donde hace su despacho, en cuyos momentos se distribuyeron tarjetas impresas, siendo su contenido el siguiente: «El C. general Ángel Trías, Gobernador y comandante militar del Estado Libre y Soberano de Chihuahua, a nombre de esta Ciudad, invita a usted para que concurra a las seis de la tarde del día de hoy, al edificio del Tribunal de Justicia, con el objeto de celebrar con una comida el cumpleaños del ciudadano Benito Juárez, Presidente de la República Mexicana. Chihuahua, marzo 21 de 1865.»

“A las siete de la noche asistió el señor Presidente acompañado de sus ilustrados ministros, al edificio preparado para la comida, y durante ella se dirigieron por mexicanos y extranjeros, elocuentes, simpáticos y patrióticos brindis, los cuales aunque todos dignos de mencionarse porque honran evidentemente a sus autores, pero nos abstenemos de hacerlo por estrechez de estas columnas y con el objeto de ocuparnos de enumerar con especialidad los discursos de los funcionarios siguientes: el C. general Ángel Trías, Gobernador y comandante militar del Estado, brindó en un análisis patriótico por el C. Presidente Constitucional de la República Mexicana, C. Benito Juárez, quien brindó con elocuencia a la independencia y libertad de la nación; el C. licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación, improvisó felizmente sobre el verdadero patriotismo del Estado de Chihuahua; el C. licenciado Jesús María Palacios, Diputado al Congreso de la Unión, habló con patriotismo por los valientes mexicanos que combaten en la presente lucha que sostiene la nación en contra del invasor francés; el C. Francisco de Urquidí, Diputado del Congreso de la Unión, brindó con ternura por la familia del C. Presidente; el C. licenciado José María Iglesias,

Ministro de Justicia, Fomento e Instrucción Pública, brindó con erudición en favor de todos los pueblos oprimidos y el C. Guillermo Prieto, Administrador General de Correos, resumió en una brillante poesía los mismos puntos que quedan reseñados.

“Los anteriores brindis fueron sin excepción expresivos, sublimes y bellos, habiendo merecido prolongados aplausos y entusiastas vivas. Los mismos arrancó el C. Presidente en las diversas contestaciones que, con acierto e ilustración, daba a los brindis que se le dirigían, dejando a la concurrencia complacida y satisfecha por la moderación y finura con que acostumbra este benemérito Magistrado conducirse en todos sus actos. Próximamente publicaremos los discursos pronunciados por los funcionarios que hemos referido.

“La noche del día 21 de marzo de 1865 será para Chihuahua de grata e imperecedera memoria, porque en este solemne día del cumpleaños del primer Magistrado de la República, ha recibido el señor Juárez un público e irrefragable testimonio de la general y cordial simpatía que el pueblo de Chihuahua manifestó con animación y sinceridad a su respetable persona. Chihuahua no desconoce las incomparables virtudes cívicas que adornan al genio que habita con nosotros y que admiran aun las potencia extranjeras, por su heroicidad en mantenerse firme y constante, defendiendo la independencia nacional en medio de las innumerables desgracias que nos afligen.

“¡Salud, honor y gloria al C. Presidente Constitucional de la República Mexicana, Benito Juárez!

“También fue obsequiado el C. Presidente de la República con un bonito y espléndido baile que tuvo lugar en la noche del 23 del corriente, por no haberse podido verificar el 22, según lo anunciaba la siguiente invitación, a causa de lo lluvioso del tiempo: «Con objeto de celebrar el cumpleaños del C. Benito Juárez, Presidente de la República Mexicana han dispuesto algunos amigos hacer un baile, para el que invitan a usted y que se verificará en la casa del señor Macmanus, en la noche de mañana. Chihuahua, marzo 21 de 1865.»

“El patio fue adornado de una manera elegante y con magnificencia, debido al buen gusto de las personas encargadas de su compostura. La concurrencia fue numerosa y se obsequió debidamente. Las jóvenes se presentaron al baile gallardas y hermosas, habiendo disfrutado el bello sexo de una distracción grata, con la que terminó la solemnidad del cumpleaños del C. Presidente de la República.”

“*Banquete de obsequio dado espontáneamente por la ciudad de Chihuahua, al Presidente de la República, C. Benito Juárez, con motivo de su cumpleaños.* “Nos ocupamos de esta manifestacion personal al Presidente en el día de su cumpleaños, por ser un motivo que encontró el pueblo de Chihuahua para demostrar su patriotismo y porque su espontaneidad, elevación y sencillez, forman marcado contraste con esos artificiosos regocijos con que la traición ha ensalzado al Imperio, suplantando la opinión y calumniando los verdaderos sentimientos de los mexicanos.

“El ciudadano Gobernador había citado, por medio de convites para las seis de la tarde en el edificio que ocupa el Tribunal de Justicia.

“El patio de este edificio, que es un cuadrado amplio y regular, estaba cubierto y adornado con goteras y bandillas de los colores nacionales, cayendo en pabellones profusos, con adornos y pinturas hermosos, entre los que sobresalían algunos del enérgico pincel de Horacio Veruet.

“En la cabecera del salón, entre banderas nacionales, lucía un cuadro original, alusivo al «Grito de Independencia» en el pueblo de Dolores, en el que en su primer término está el anciano párroco que nos dio patria. En el extremo opuesto coronado de laurel, se veía un exacto retrato al natural del héroe del cinco de mayo, general Ignacio Zaragoza, producción felicísima del pincel de Cordero. Las columnas de todo el patio estaban adornadas con yerbas, con bandillas y con espejos. Las mesas corrían por tres de los lados del cuadro, sembradas de lámparas candelabros y otra multitud de luces, que derramaban su claridad en el cristal del servicio del banquete, formando su brillo caprichosas ondulaciones.

“Los asientos estaban distribuidos siguiendo los tres centros que ofrecían las mesas: el primero y bajo el cuadro de Hidalgo, lo ocupaban el C. Presidente de la República, los CC. Ministros de Relaciones, Justicia y Hacienda, Gobernador del Estado, oficial mayor del Ministerio de la Guerra, Presidentes del Tribunal de Justicia y Diputación Permanente, jefe político y la familia oficial del señor Juárez. El segundo centro contenía los asientos del Gobernador Constitucional del Estado, C. Luis Terrazas, Diputado al Congreso General por el Estado C. Francisco de Urquidi y el tercer centro, Diputado al Congreso General C. Jesús María Palacios, entre otros funcionarios, mezclándose en todos los asientos, que no eran éstos, chihuahuenses y mexicanos.

“En un lugar conveniente se encontraba la música, que desde la llegada del C. Presidente, y en medio de la salva de aplausos con que se le saludó, tocó el Himno Nacional y otras varias piezas, estimulando y realizando la alegría que en todo reinaba. El conjunto del salón no era opulento ni deslumbrador, pero sí conmovedor y bello. Laureles, luz, los colores nacionales flotando por todas partes, los retratos gloriosos de los héroes de la patria, la presencia de la patria independencia. La verdadera solemnidad era del espíritu y así lo indicaba la conmoción y el entusiasmo que reinaban en todo el convite.

“Por un acto de bondad extremada se encargaron varias señoras principales de los platos que se debían servir y que por su esmero y limpieza habrían dejado satisfecha al gastrónomo más exigente. La alegría era general, los brindis mudos se sucedían, bullía y propagaba la música recuerdos armoniosos de placeres, se creía en el bien y se esperaba la felicidad. Llegó el momento de los postres, se anunció el primer brindis, que era realmente la dedicatoria del convite y que, en medio de más profundo silencio, lo pronunció el Gobernador del Estado, C. Angel Trías, diciendo con voz conmovida: «Al C. Benito Juárez, Presidente Constitucional de la República, en el día de su cumpleaños:

«Grato es en una familia el día en que los hijos de un buen padre se congregan para celebrar el nacimiento de aquel a quien deben la existencia, los cuidados de la infancia y los afanes que ha empleado para labrar la felicidad de los seres que lo rodean. Cada uno de ellos, poseído de júbilo, lleva una flor u otro objeto, expresión de su cariño, para ofrecerlo tiernamente al padre amado de todos, y el hijo mayor, o el que designe la suerte, se encarga de hacer una manifestación de ternura en nombre de los demás, al presentar el conjunto de afectos, como un ramillete en que está simbolizado el amor junto con el respeto y la gratitud. En este día todo es felicidad, se olvidan los pesares de la vida, se dan gracias al Ser Supremo, se pide la prolongación de la existencia del padre amado y todo es alegría y esperanza. Designado yo por la suerte para hacer esta manifestación, en nombre del pueblo de Chihuahua, al padre de la República, ¿cómo podré expresar los sentimientos del corazón de todo un pueblo patriota, ni aun de las personas que nos escuchan, cuando cada una de ellas podría hacerlo con más tino que yo?»

«Hay en la vida de las naciones hombres que representan un siglo de la historia, una época de sus infortunios o prosperidad; seres privilegiados, escogidos para libertar a los pueblos, para transformar las sociedades, para reasumir en ellos una o más generaciones y se hallan identificados con la existencia de los pueblos. Por eso llama la historia el siglo de Pericles o de las grandezas de Grecia; el siglo de Augusto al de la prosperidad de Roma; el siglo de Carlo Magno al del poder de los emperadores alemanes. Hay el de Miguel Angel para las bellas artes; el siglo de Dante para el de la poesía elevada al rango de profecía; el siglo de Cristóbal Colón por el del descubrimiento del Nuevo Mundo; el siglo de la Libertad para Washington, Bolívar e Hidalgo, que han sido los genios tutelares de la emancipación de América y cada nación tiene sus héroes y cada pueblo sus mártires y redentores, que son la encarnación de una idea nueva al parecer; pero que es el efecto de los adelantos del entendimiento humano y se revela con anticipación en los genios superiores, así como los telescopios descubren astros a una distancia que no alcanza a dominar la vista ordinaria de los hombres.

«Cuando estos genios superiores son comprendidos o por lo menos adivinados, los siguen las sociedades, los eligen por sus caudillos y se entregan a su dirección para hacerse grandes, bien sea en la lucha o bien en el triunfo y aunque algunas veces sucumben, siempre son gloriosos sus esfuerzos y sublimes cuando buscan el progreso del género humano y el bien de la humanidad.

«Entre esos seres privilegiados se halla, en mi juicio, el C. Benito Juárez, Presidente de la República Mexicana. Nació en el Estado de Oaxaca, mecieron su cuna los genios bienhechores de la libertad y de la naturaleza rica de aquellas regiones, en que la abundancia tiene su asiento, le inspiró desde su infancia los dulces sentimientos de la fraternidad y el amor a la independencia. Muy pronto vino la educación en auxilio de los dones de la naturaleza y el estudio acabó de formar un carácter que debía ser más tarde modelo de las grandes acciones, en medio del torbellino de las pasiones políticas de su patria. Fuese engrandeciendo ese carácter con las vicisitudes, hasta que descollando entre otras notabilidades de su Estado, apareció superior a

ellas y, sin más recomendación que su propio mérito, fue elevado al primer puesto del Estado. Desde entonces llamó la atención de los mexicanos ilustres de otros Estados por sus virtudes, por su integridad, por su patriotismo y por su modestia que lo caracteriza. (*Silencio*).

«Pronto llegó el tiempo de un gran sacudimiento político y social en la República de Hidalgo. Las nuevas ideas de libertad y de igualdad estaban frente a frente con las de la opresión y privilegios; luchaban las preocupaciones de la tradición con las innovaciones del progreso; era la época de la encarnación de las nuevas ideas en nuestro país, trabajado de mucho antes por las aspiraciones de los partidos políticos que se disputaban el poder público, para favorecer sus intereses o para satisfacer sus venganzas, porque hasta entonces sólo había una idea confusa en la República entre personas y principios; no estaban aún bien comprendidas por la mayoría de nuestra población, las diferencias que hay en política entre la teoría y la práctica y el resultado de todos los cambios de gobierno que se alternaban en medio de las intrigas y las defecciones, no era otra cosa que una nomenclatura de hombres y de cosas, permaneciendo la sociedad en el mismo estado de atraso, sin aventajar realmente más que en el campo de la discusión, entre el reducido número de hombres de Estado capaces de apreciar en su verdadero valor las ideas, los hombres que las propalaban y el positivo estado de nuestra sociedad (*Atención*).

«En medio de este laberinto y de muchos extravíos aparece la Ley Juárez, es decir, la igualdad para juzgar todos los delitos, la abolición de los fueros, el principio de la justicia, el norte de la libertad. Esta ley fue la brújula del progreso de México, fue la destrucción de los privilegios, fue la manumisión del pueblo despertado de la ignorancia en que gemía, arrastrado por el infortunio de las antiguas tradiciones y las costumbres de tres siglos de esclavitud. Desde que aquella ley salvadora apareció, ya no hubo duda sobre el camino que debía seguir la República para que todos los ciudadanos fuesen iguales ante la ley, pues antes no lo eran más que en el nombre y no en la realidad.

«Abrióse entonces la puerta a todas las libertades: la del pensamiento, fuente de todas; la de la política, de la libertad, de las ciencias, de las artes, de la industria, del comercio, en una palabra, se comprendió la palabra Reforma, que otras leyes posteriores vinieron a realizar, no obstante los esfuerzos de las clases privilegiadas que, espantadas del peligro en que veían sus antiguas inmunidades y su poder, al derrocarse se lanzaron a una guerra fratricida que ha colmado al país de sangre y ha hecho verter lágrimas hasta a la misma inocencia (*Sensación*). No obstante, una vez trazada la ruta de la Reforma, la abrazaron con ardor todos los hombres ilustrados, de corazón intrépido, que aun conociendo los peligros de una navegación borrascosa, preveían el término de sus azares, fatigas y peligros en el puerto de la libertad. Así se concibió la Constitución de 1857, que fue el golpe de gracia a los caducos principios y a los intereses bastardos de las clases privilegiadas. Con el orgullo de su antiguo crédito, con la conciencia de su poder, basadas en sus riquezas y en la ignorancia de la mayor parte del pueblo, juraron los aristócratas de México la destrucción de esa carta que los destronaba y, valiéndose de todos los medios que estaban en sus manos, que eran poderosos, ya no respetaron consideración de

ninguna jerarquía: la independencia misma de México debía sacrificarse a la conservación de su influencia, de sus riquezas y de su poder (*Silencio*).

«Continuó, pues, la guerra más sangrienta, más encarnizada que antes; ya no había equivocación: los liberales querían la Constitución de 1857 y que las reformas que anunciaba fuesen una realidad; los conservadores querían hundir en el olvido esas leyes, que odiaban profundamente.

«Ya estaba triunfante la causa de la libertad, después de dos años de terrible guerra, cuando por desgracia un patriota que había sido caudillo de Ayutla, se dejó seducir por las maquinaciones astutas de las clases privilegiadas y cayó en las redes de los enemigos de la libertad. Entonces vimos con asombro que el jefe principal del Estado se convirtió en conspirador, aterrorizado de la obra que había ayudado a construir. Desde entonces apareció la figura del señor Juárez en nuestra escena política. Todos somos testigos de su constancia en esa lucha de tres años, de sus heroicos esfuerzos, de su abnegación, hasta que logró con sus talentos restablecer el imperio de la ley fundamental (*Aprobación*).

«Pero la traición tramaba ya la pérdida de la independencia. Ese partido infernal, prefiriendo la esclavitud a la pérdida del poder, llamó en su auxilio a un tirano extranjero ofreciéndole vender la patria de Hidalgo y entregar a sus hijos, por medio de la infamia, para que fueren aherrojados fácilmente. ¡Maldición! Pero Juárez es el jefe de la República y nada le arredra, cuenta con su corazón de patriota, lo secundan los liberales de su patria, lo aplauden las naciones libres y el universo lo contempla admirado de tanta grandeza de alma, combatiendo contra el infortunio, luchando con un coloso, sin desconocer el poder y las ventajas de sus adversarios (*Aplausos*). Nunca lo abandona la fe, jamás desespera del triunfo de la justicia de la causa que sostiene y, en medio de las borrascas de su época, dice con calma a sus compatriotas, como Cristóbal Colón decía a sus marineros: “no temáis, el puerto está próximo” (*Prolongados aplausos*). Tened confianza en el triunfo y continuemos la lucha, porque no está lejos la hora de la caída de los enemigos de la República y el triunfo de la libertad. (*Conmoción, aplausos*). Pues bien, los azares de la guerra han conducido a este Estado a nuestro ilustre Presidente y hemos llegado a tener el honor de saludarlo, con toda la efusión de nuestros corazones en el día de su cumpleaños. Que la Divina Providencia prolongue sus días hasta que, coronados sus esfuerzos, haga la felicidad de nuestra patria (*Repetidos aplausos*).»

Estrepitosos aplausos envolvieron las últimas palabras de esta alocución. La música tocó la marcha de Chihuahua, himno marcial, que para el pueblo tiene recuerdos de gloria que la han hecho tan popular. Sucedió el silencio, porque en pie el C. Presidente de la República manifestó que iba a hablar y lo hizo en estos términos, en medio de un concurso que se levantó como un solo hombre y que tenía sus ojos fijos en él y sus manos levantadas: «Brindo por la Independencia Nacional (*Aplausos*). Porque al invocar este nombre sagrado, todo ceda al sentimiento de la patria (*Atención*). Porque la hagamos triunfar o perezcamos. Porque el sentimiento de la independencia sea el vínculo de unión de todos los mexicanos sin otra exclusión que la de los enemigos de la patria (*Vivas: viva la independencia. Aplausos*).



«Señores: dar la vida por la independencia es recibir un gran bien, darla cuando se ve un hombre obligado por el ejemplo de tantos mexicanos dignos, apenas sería llenar un deber. Sin afectación de modestia, sin que quede en el fondo de mi copa un sentimiento hipócrita, repito que los hombres somos nada, que los principios son el todo. Qué más grande nuestra causa que todos los tiranos y su poder y sus ejércitos triunfarán en breve y que México renovará el testimonio espléndido que ofreció al mundo en el 16 de septiembre de 1810, mostrándose digno del triunfo de su sagrada autonomía (*Entusiastas aplausos*).

«Brindo por la independencia nacional y elevo por ella este voto como única respuesta digna al honor inmenso que debo al pueblo generoso de Chihuahua, dueño de la más íntima gratitud de mi corazón.»

“Las últimas palabras de este brindis fueron dichas con la indescriptible elocuencia de la verdad del sentimiento. La música desplegó los compases majestuosos del Himno Nacional, en todos los ojos había lágrimas, se oían voces hasta en los sirvientes de ¡Viva Juárez! ¡Viva nuestro padre! Momento indescriptible.

“Restablecido el silencio usó de la palabra el C. Sebastián Lerdo de Tejadada, Ministro de Relaciones, en los términos siguientes: «Por el Estado de Chihuahua. Señores: Debe felicitar al Estado de Chihuahua porque tienen sus hijos un hermoso privilegio, propio de las almas dignas y generosas. Sus sentimientos siempre grandes, brillan mejor en las épocas de prueba y se elevan más en los tiempos de la adversidad (*Silencio*). Los hijos de Chihuahua, con el corazón de hombres libres, con la inteligencia de ciudadanos ilustrados y con la abnegación de distinguidos patriotas, hacen aún más esforzado su valor, más firmes sus convicciones y mayor su constancia en las horas de peligro para la libertad y la independencia de la patria (*Sensación*). Han recibido en su Estado al Gobierno de la República, en medio de la desgracia, con tan señaladas muestras de consideración, que no hubieran podido ser mayores en el tiempo de la más grande prosperidad. La capital, las ciudades, los pueblos, los ciudadanos todos de Chihuahua, han rivalizado en sus demostraciones de adhesión, de respeto y de amor al Presidente de la República, demostraciones tanto más gratas para él, cuanto que no han sido una simple ceremonia oficial para la autoridad, ni un homenaje al poder fuerte y feliz, sino que son, en el infortunio, efusiones del corazón nacidas del amor a la patria y de afecto al Primer Magistrado de ella (*Profunda conmoción*).

«Poco antes de venir, el Gobierno a Chihuahua juzgó necesario modificar temporalmente el régimen de su administración, no desestimando en ninguna manera los servicios de los que estaban encargados de ella, sino sólo por haber creído indispensable declarar el estado de sitio, atendidas las circunstancias de la guerra, y la proximidad del enemigo. Entonces, pasado un momento en que aún no se habría conocido bien el espíritu del Gobierno, los funcionarios públicos del Estado y todos los ciudadanos adictos a ellos, dieron después de su acatamiento de las órdenes supremas, una relevante prueba de la lealtad de sus intenciones. Sus distinguidos servicios anteriores, los que después han seguido prestando y su unión bajo la bandera que

música, hubo unos momentos de silencio. Una voz: El C. licenciado Jesús María Palacios tiene la palabra (*Silencio*).

«*Por los que combaten defendiendo nuestra independencia.*

«Las naciones lo mismo que las familias, valen cuanto valen sus hijos y la consideración que cada una, relativamente, ha logrado conquistarse, está proporcionada a la apreciación que los ciudadanos hacen de ese sentimiento, que designamos con los nombres de honor e independencia nacional. En toda nación libre, sea cual fuere, la historia no puede registrar un hecho glorioso sin pronunciar con respeto los nombres de caudillos ilustres, que han sido la encarnación del pensamiento filosófico de la humanidad; su sacrificio sería infinito si no pudiera medirse por la magnitud del objeto que los inspira y carecería de atractivo y sería estéril en sus resultados, si no contara con la gratitud de los que, colocados en diferente esfera, y menos favorecidos en la escala de los esfuerzos individuales, tienen a su cargo eternizar en los anales patrios la memoria de sus hermanos (*Profunda emoción*).

«México, es decir, la República, grande hasta por la enormidad de sus infortunios, puede presentarse ante el juicio severo de la historia, digna por su glorioso pasado, heroica por sus sacrificios presentes. En medio de la borrascosa lucha que con tanta ventaja le ha procurado el tirano de Francia, sobre las espumas de ese mar proceloso de la tiranía y de la traición, boga dominando los elementos un nuevo Mesías, acompañado de sus escogidos, dejando antes fecundada con el corazón de los buenos mexicanos, la preciosa semilla de la libertad republicana. En Oaxaca y Yucatán, en Jalisco y México, en Sonora y Chihuahua, en Guerrero, Michoacán y la Huasteca y en otros Estados también (*Signos de simpatía y aprobación*) se dan la mano multitud de patricios, para sostener y propagar con su sangre la doctrina de nuestro padre, que es el credo político de la generación presente, y mientras que la perfidia inventa nuevos medios de represión y vasallaje y mientras que la bajeza y la traición hacinan escollos a la civilización y al progreso, la libertad se abre camino por el esfuerzo de los que combaten en nombre de ese precioso emblema de nuestros más caros afectos. Haced que desaparezcan de la escena todos los que, con su actitud imponente, protestan contra la tiranía de Napoleón III y México estará borrado ya en el catálogo de las naciones americanas (*Voces: ¡no, no!*).

«Nada más justo, entonces, que en medio de esta reunión, solemne por mil títulos, y al ofrecer al Magistrado que nos honra con su presencia, un testimonio de nuestro respeto a sus virtudes, nada más justo, digo, que consagrar un homenaje de gratitud, por su heroico proceder, a nuestros hermanos, a nuestros hermanos muertos o ausentes, a todos los que desde hace tres años combaten con las armas en la mano por sostener incólume en su esencia nuestra independencia y nuestra dignidad nacional (*Aplausos*). A sus esfuerzos, a su indomable energía, ha debido México no sólo la admiración de los pueblos hermanos, sino también el elogio de sus mismos enemigos y Chihuahua les debe, en medio de sus desgracias, la fortuna de honrarse en este día, abrigando en su seno el tabernáculo de sus creencias y la promesa palpitante de sus más gratas esperanzas para la República (*Aplausos*).

«Permitir, señores, que la gratitud, que esa virtud que enaltece al hombre aun en medio de la prosperidad, haga que se desprenda de nuestros corazones, en medio de esta reunión de placer y complacencia suprema, una nube de incienso que lleve envuelta hasta nuestros hermanos, no sólo la ternura de nuestros recuerdos, sino el respeto y la admiración con que los saludamos a nombre de todo un pueblo el primero en su línea, porque es el encargado de luchar a la vanguardia en América contra la ambición y el despotismo de los tiranos europeos (*Repetidos aplausos*).

«Brindo, señores, por la perseverante fe del C. Benito Juárez; brindo por la abnegación y el patriotismo de los que, como Díaz, Negrete, Arteaga, Rosales, Corona y tantos otros, han preferido los sacrificios de heroísmo, a las degradantes comodidades que promete el Imperio (*Vivas, conmoción*), y brindo, en fin, porque la historia, al referir los hechos de la segunda época de nuestra guerra de independencia, haga justicia a las virtudes de los buenos mexicanos, que son hasta hoy el sostén de nuestro gobierno legítimo y el antemural en que se estrella la ambición de los déspotas que pretenden subyugarnos (*Repetidos aplausos*)».

«Vitoreáronse a los caudillos que combaten y a los que han sucumbido en esta lucha, la música entonó vigoroso el dúo de *Las banderas de los puritanos*, se oía electrizante el grito de libertad, la conmoción era profunda, se pretendía establecer el silencio, todos tenían sed de nuevas emociones. Se oyó al fin el nombre del C. Francisco Urquidi, quien, con voz trémula de emoción, levantó su copa diciendo:

«A la muy estimable familia del C. Benito Juárez, Presidente de la República Mexicana:

«La familia, señores, lo más santo y lo más querido que posee el hombre sobre la tierra, desde lo más oscuro y silencioso del hogar doméstico, lo sigue y lo acompaña por la escabrosa senda de la vida como un espíritu anhelante de todo bien para hacerlo dichoso, como un ángel todo bondad para cubrirlo con sus alas. Es la grata y dulce sombra bajo el sol abrasador de la fortuna, es la luz suave y el calor vivífico en medio de las tinieblas y del hielo de la adversidad. (*Profunda atención*).

«Hoy que este frío soplo del infortunio ha venido a envenenar nuestros aires patrios, tanto cuanto se ha hecho cruda y sangrienta la misión y el destino de cada ciudadano se ha elevado a lo más noble y a lo más sublime la misión angélica de la familia. Mientras que los buenos mexicanos combaten en todos los campos por la buena causa o afrontan el martirio del cadalso o sufren la proscripción huyendo del yugo de sus opresores, sus familias, o viajando errantes a su lado entre los más vivos sufrimientos o gimiendo en el desamparo, en medio de los asesinos de su patria, de sus padres, de sus hijos y de sus esposos o expatriándose también y en la orfandad, no abandonan ni por un instante, sino que enardecen y vivifican su santo anhelo, los envuelven aun a través de la distancia en la llama de su ternura, los relacionan con el cielo en sus oraciones ardientes, los alientan al sacrificio con su abnegación infinita, les sonrían en medio de la agonía de su alma para confortarlos, los salvan de la afrenta y de la ignominia con la memoria de su honra sin mancilla, los estimulan a reconquistar una patria que es de ellos su templo, su asilo sagrado y, por último, levantan ante ellos el velo que cubre los hermosos horizontes del glorioso triunfo

nacional, a cuyos fulgores han de estrecharlos un día feliz entre sus brazos (*Voces, repetidas salvas y aplausos*). A la familia del distinguido ciudadano Presidente, ha cabido en suerte una de esas dolorosas, casi angélicas misiones, y abundando en relevantes virtudes, le ha llenado y la llena todavía cumplida y tiernamente (*Triples salvas de aplausos*).

«Unamos, señores, nuestros votos a los que con tanta ternura debe en estos momentos dirigir desde el extranjero al padre y al esposo aquella respetable familia, de cuyo seno se ha arrancado el ilustre jefe de la República, para abrazarse al sagrado pabellón nacional que la gran familia mexicana ha puesto en sus manos, con el fin de que lo defienda y guarde su honra ante el mundo y ante el sol de la Historia (*Enterneamiento, aplausos*).

«Esos votos, que más rápidos que la electricidad y la luz, en estos instantes atraviesan aéreos e invisibles desde la patria de Washington hasta la tumba de Hidalgo, esos votos llegan tiernos y ardientes al corazón del señor Juárez, suspirando honra y felicidad (*Vivas y aplausos*). Y la honra y la felicidad del primer caudillo de la República, es la honra y la felicidad de la Nación. Uniendo, pues, a aquellos nuestros votos, habremos satisfecho el más ardiente voto nacional (*Bien, bien, aplausos y muchas voces: ¡Sí, sí! Aplausos*). Y como homenaje muy debido de afecto, de gratitud y de respeto, brindemos, señores, en nombre de la gran familia mexicana, por la muy estimable familia del C. Benito Juárez, Presidente de la República (*Vivas, aplausos, movimiento, entusiasmo*).»

“La música suspira los conmovedores acentos de *Norma*; el señor Juárez está de pie y va a hablar (*Muchas voces: silencio, silencio*). El señor Juárez, procurando dominar su emoción, da las gracias al señor Urquidí, se tiembla porque no venga una sombra de reciente dolor a nublar su frente en aquel día y concluye diciendo: «yo aquí veo la patria y ante ella protesto que mi sacrificio es nada, que el sacrificio de mi familia sería mucho, infinito para mí; pero que si es necesario, sea...» No lo dejó concluir su emoción (*No es para descrito este momento*).

“Después el C. Ministro de Hacienda, licenciado José María Iglesias dijo:

«*A los pueblos oprimidos*: Señores: La historia del género humano es, si bien se considera, la consignación de la lucha sostenida entre la fuerza y el derecho, enemigos que nunca han dejado de disputarse el dominio del mundo. Entre las religiones antiguas, la de los persas, formulada por Zoroastro, representaba los dos principios del universo: Hormuzd y Abriman, al genio del bien y al genio del mal, para concretar en un símbolo de su culto la pugna perpetua del derecho con la fuerza, del ángel de la luz con el espíritu de las tinieblas (*Silencio*).

«Perpetua, en efecto, señores, ha sido hasta aquí esa pugna. Comenzada desde el nacimiento de las sociedades, se conserva todavía en todo su vigor, después de mediar el siglo XIX. Polonia, Hungría, Italia, Santo Domingo y México, pueblos todos agobiados hoy por inicuos opresores, venid a dar fe de mis palabras. Dejadme invocar vuestros nombres para que la conciencia indignada se levante una vez más contra la mano de hierro que os sofoca (*Profunda atención*). La Polonia, casi ya cadáver, después de una agonía prolongada por cerca de un siglo, sin fuerzas ya para combatir, arroja todavía a la cara de su verdugo el autócrata como un cartel de desafío,

como una maldición, como una sentencia, esa eterna protesta del derecho contra la fuerza, de la justicia contra la iniquidad y basta el exterior de esa nación moribunda para bambolear al coloso ruso, como decían los poetas antiguos que bastaba un sacudimiento de Encélado para mover al Etna (*Aplausos, bien, muy bien*).

«La Hungría, cuyos valientes magyares, dueños un día de Viena, llegaron a hacerse tan formidables, que necesitó el despotismo austriaco apelar al despotismo ruso para que fuera un ejército auxiliar a contener como un dique el torrente que se desbandaba. La Hungría espera, con los ojos clavados en el reloj del tiempo, con los oídos en acecho para percibir ese susurro de las insurrecciones que se propaga sin saber cómo, por el viento, con la mano sobre el puño de la espada, que suene la hora, tal vez no muy lejana, de la reivindicación de las nacionalidades (*Bravo, bien, muy bien*).

«La Italia, nación célebre entre las célebres, famosa en sus tiempos antiguos por su Roma, capital del mundo; famosa en los tiempos modernos por su Roma, capital del catolicismo; patria del Dante y de Petrarca, de Rafael y de Miguel Angel, de Galileo y de Colón, de Cavour y de Garibaldi, genios privilegiados de la poesía, de las bellas artes, de la ciencia, de la política y de la guerra; la Italia ve todavía como una utopía la existencia de su unidad nacional y desconfía de su rey, detenido en la mitad de su camino, para someterse a la influencia francesa, y mira con dolor a Venecia, esclava de las fuerzas austriacas, encastilladas en el terrible cuadrilátero (*Entusiasmo, aprobación*).

«Santo Domingo, colonia emancipada en virtud del derecho que Dios no ha negado a ningún pueblo del mundo; vendida por infames traidores a su antigua metrópoli, lucha sin descanso, más con su clima que con sus soldados, más con su fe que con sus escasos elementos, para no sucumbir ante el yugo con que se le amenaza de nuevo (*Estrepitosos aplausos*).

«México, en fin, nuestra adorada patria, la joya más rica de la antigua corona de Castilla, la perla del continente de Colón; México, para quien desearíamos sus amantes hijos, que llegase a ser la primera nación del mundo, se encuentra hoy amenazada en sus derechos más sacrosantos, por la fuerza brutal del asesino de las repúblicas, del perjurio del 2 de diciembre. Y sin desmayar en esta desigual contienda, en que espurios mexicanos combaten al lado del invasor, lleva más de tres años de sostener la guerra y el pabellón nacional, tremolado hoy en Chihuahua por Juárez, el patriota, el indomable, el inmortal, flamea al viento simbolizando la independencia, la República, la libertad y la Reforma (*Repetidos vivas de aplausos*).

«Terrible es la crisis porque atravesamos, pero hasta en las horas de mayor infortunio rompe nuestra oscuridad la luz de la esperanza, suaviza nuestros dolores el consuelo de la fe. En la lucha del derecho contra la fuerza, los triunfos de la fuerza son efímeros, mientras los del derecho son duraderos. ¿Y por qué no hemos de esperar para cuando las naciones hayan adelantado más en el camino de la civilización, que desaparezca hasta la lucha, prolongada ya demasiado tiempo? En la religión de los persas sólo Homuzd es inmortal y tiene al fin que prevalecer sobre Abriman. Aceptemos la alegoría, confiemos en la Providencia que rige los

destinos de las sociedades. La fuerza acabará por ser impotente, por ser esclava del derecho (*Explosión de aplausos*).

«Mientras llega esa época feliz, que la protesta subsista, que la lucha continúe sin interrupción. Sembrar la buena semilla es obligación de todo hombre, seguro de que no será perdida. A veces pasan siglos antes de que fructifique: no importa, los siglos son los días de la humanidad. Sembrad, sembrad siempre la buena semilla, alguna vez una generación más afortunada llegará a levantar la cosecha. (*Muy bien*).

«Apurad, señores, vuestras copas por la realización de estas ideas. Brindemos por el triunfo, completo, definitivo, del derecho sobre la fuerza; porque Polonia quebrante el yugo de Rusia, porque la Hungría y la Italia quebranten el yugo de Austria, porque Santo Domingo reconquiste su independencia; porque México salve la suya de la invasión francesa, siendo este acontecimiento la causa de la caída de Napoleón III. Brindemos por la reivindicación de las nacionalidades, por la salvación y la autonomía de todos los pueblos oprimidos, porque llegue un día en que el sol no alumbre sobre la tierra sino naciones libres de todo dominio, de toda intervención extranjera, constituidas en Repúblicas, caminando a pasos agigantados hacia el supremo bien de la perfectibilidad humana por el ancho camino de la libertad y del progreso» (*Movimiento, aplausos prolongados, vivas y gritos entusiastas*).

«La diana rompió sus alegres redobles, los gritos de entusiasmo se sucedieron, los amigos saludaban desde lejos e invitaban a beber al elocuente orador. Parecía que se trataba de glorificar la causa de todos los pueblos que saben defender sus derechos. La conmoción producida por este brindis duró algún tiempo que llenó la música y que dio lugar a desahogos privados, en brindis cordiales de animados grupos. Silencio, silencio, gritaron muchas voces, saludando con aplausos al ciudadano Guillermo Prieto, quien dijo así:

Brota incendiando, anúnciate tonante  
sublime inspiración y tu ala ardiente  
se sacuda, y que lluevan cual centellas  
los vívidos conceptos de mi mente,  
como un raudal de estrellas  
en un océano de éter transparente.

Álzate de mis canas, como se alza  
inmensa llama de la eterna nieve  
de irritado volcán que al agitarse  
y la ígnea lava despeñar tremendo,  
ilumina la plácida campiña,  
los campos y los rústicos hogares  
constestando a su estruendo  
en cánticos magníficos los mares.

¡Oh patria! ¡Oh patria! nombre sacrosanto  
sangre del alma, esencia de mi vida  
cuerda de arpa celeste estremecida,  
a los húmedos besos de mi llanto.  
¡Patria, foco de sol, núcleo divino  
de cuanto ardiente el corazón te adora!  
Nuestro dosel de púrpura en la aurora.  
Lámpara en tu lucero vespertino:  
ven, que yo soy el bardo de tus glorias,  
ven, que soy el cantor de tus dolores.  
¿Cuándo mi musa le negó sus flores,  
jamás ni tu aflicción ni a tus victorias?

¿Y a qué venir aquí? ¿Puede orgullosa  
la pobre mano del poder y el oro,  
añadir una cuerda melodiosa  
de esta lira al tímpano sonoro?

¿Puede surgir en medio al estampido  
del ronco bronce que victoria alcanza  
de la alabanza la flotante llama  
en medio del espacio estremecido;  
y alzar bardo servil como oriflama  
su tributo a un tirano aborrecido?  
¿Puede al que dicta con su espada leyes  
infame forajido de corona,  
copletero vil doblarle la rodilla?  
¿Puede haber un Almonte que traiciona  
y a su lira a sus pies tender Zorrilla?

Eso no supe yo, dulce es su nombre  
cuando ardiente y tan casto como beso,  
de amor de niño, nuestro ser despierta;  
ese nombre es la madre, es la sonrisa  
que nos abrió del existir la puerta;  
y es dulce nombre en la extensión del cielo,  
alba formando y produciendo el día,  
un nombre que en las alas del consuelo  
lleva vertiendo en la alma la alegría.

Pero un hombre en la música del alma  
hoy trasmite sus ricas melodías,  
es fuente clara y extendida pluma,  
es la esperanza en los acerbos días,  
y ese nombre, es tu nombre, ¡feliz Juárez!

Do está se hace la patria, donde flota  
la patria está con su hechicero encanto,  
es un rayo de sol que si resbala  
en la nube sombría,  
allí se mira sonreír el día  
formando el tris del pendón de Iguala.

¡A ti no inciensos, no, no la riqueza,  
a ti la prueba, el torcedor martirio,  
a ti huracanes y fragor de rayo,  
para ti de los héroes la grandeza  
y en tu cielo de gloria el sol de mayo!

¡Sí, que se doble el restallar del trueno,  
la débil caña demandando abrigo,  
a la ruin yerba y al hollado cieno  
pero el cedro opulento  
luche esforzado, al trueno desafié,  
y si lo incendia destructora llama,  
quede en pie, mutilado y sin follaje,  
tostado y esparciendo sus cenizas  
en el bosque salvaje,  
hasta verse terrible monumento  
de su pujanza y del furor del viento!

¡Gloria a los fuertes! Gloria a los que llevan  
en alto tu pendón ¡oh patria mía !  
para ellos la caricia de la gloria,  
en sus copas contento y ambrosía.

A su paso los lauros de los pueblos  
para sus pechos el amor de hermanos.  
Sustento y agua y luz para sus huellas,  
bendigan su camino los ancianos,  
inúndenlo de flores nuestras bellas.  
¡Ah! y ellos vencerán al enemigo  
el brazo del poder y la fortuna,  
la riqueza y las naves de los mares,  
y la traición y su infernal milicia;  
pero a la causa de tu patria ¡oh, Juárez!  
la pujanza del Dios de la justicia.

¡Ah! ellos vencerán, de Dios la mano  
llena de indignación se verá un día  
y grande y libre el pueblo mexicano  
dirá a la tierra: la venganza es mía.



Sus verdugos caerán, el hondo abismo  
al recibirlos tenderá sus brazos,  
parodiando el hosana  
que hoy elevan, malditos, al eterno,  
entre astillas del trono hecho pedazos.

Tú ¡oh, Chihuahua! la fuente de mil huertos,  
que bulles en inmensas soledades,  
la gacela dormida en los desiertos,  
¡liza de bravos, ramo de beldades!

Blanca garza que animas la llanura  
junto a las aguas del alegre río,  
a ti la gratitud y la ternura  
¡en estas horas de dolor impío!

Dormido está a tus plantas el desierto,  
como mandos león, linda matrona  
A ti se llega, cual se llega al puerto,  
alegre de tus montes la corona.

Ven, le dijiste a Juárez, ven y lucha,  
ven y tu nombre ¡oh, Juárez! eterniza,  
yo guardaré tu gloria, que yo guardo  
de Hidalgo y de los suyos la ceniza.

Y cuando su urna el ancho firmamento  
posa sobre las torres elevadas  
de la excelsa ciudad, finjo un momento  
matrona que ora al ser divino,  
hincada y con las manos levantadas  
mirando de tus huestes el camino.

Tú ¡oh, Juárez!, sólo a ti digno te creo  
de llevar a tu pecho la cabeza  
de Chihuahua inmortal y con ternura  
pintarle de los suyos el deseco.

En su seno renueva su pujanza  
y renueva tus votos en tu día,  
para que oiga de ti la patria mía:  
Pueblos del Anáhuac, fe y esperanza.

**Guillermo Prieto**

*Chihuahua, marzo 21 de 1865.*

“Cuando terminó esta lectura, la concurrencia estaba de pie y aplaudía, rotando al autor, abrazándole y prodigándole toda especie de testimonios de cariño. Desde ese momento los brindis se sucedieron sin ceremonia, la música se interrumpía a cada instante, había momentos en que la atmósfera era una llama y el concurso un grito de pasión intensísimo. Todo sentimiento elevado tuvo un órgano, toda esperanza un eco, todo deseo por el bien una expresión elocuente y feliz. Sentimos no tener tiempo suficiente para dar idea, siquiera, de los brindis de los señores Balcarcel, Morón, Armendariz, mister Mackson, de Nueva York, y de otras muchas personas tan patriotas como inspiradas. La ovación espontánea que ha recibido el señor Juárez en su cumpleaños, es el mejor testimonio de lo que vale este pueblo generoso y de lo que vale la gran causa que tan dignamente sabe representar el C. Presidente de la República. Honor y gratitud a Chihuahua. Gloria al modesto ciudadano que dirige los destinos de nuestra patria.

“El día posterior al del banquete descrito se quiso obsequiar, por los emigrados, al C. Presidente con un baile, que no pudo efectuarse ese mismo día, a causa de que el mal tiempo negó sus favores y, entoldándose el cielo con amenazadoras nubes que descargaron alguna lluvia, impidieron la compositura del salón formado en la casa de los señores Macmanus. El día 23 todo fue más favorable y a las diez de la noche anunció la música la llegada del C. Presidente, quien fue recibido en el salón con las más vivas demostraciones de entusiasmo.

“La concurrencia era espléndida, el salón estaba adornado con un gusto exquisito, una vela blanca cubría la parte superior del patio y de su centro caía y se derramaba profuso un pabellón de bandillas, formado de los colores nacionales. Del centro de este pendía un candil con bujías, adornado con banderitas tricolores de listón. En los cuatro ángulos del patio, suspendidos de la vela, estaban otras tantas lámparas de gas de varias luces, reflejándose en multitud de espejos. El patio tiene la figura de un paralelogramo, tres de sus lados, los dos menores y uno de los mayores, tienen arcos que forman portal y el otro lado tiene la pared sin adorno ninguno; sin embargo, para subsanar esta falta de simetría, en la parte alta de la pared se pusieron tres transparentes con esta inscripción: «Ciudadano Benito Juárez». En la parte baja y en el medio de dicha pared había un vistoso trofeo, en cuyo vértice se veía un gorro frigio sobre ráfagas de acero, formado por bayonetas y mojaras de lanza. A sus lados había dos estrellas, también de bayonetas y mojaras, con estas inscripciones: «5 de Mayo» y «Zaragoza». Todos los arcos estaban engalanados con fantásticos farolillos de colores distribuidos con gusto y simetría y formando una cenefa trémula y luciente al interior de los arcos, que producían el mejor efecto a la vista.

“El resto del salón estaba adornado con vasos de porcelana, floreros y candelabros, que descansaban en elegantes consolas. El pavimento estaba revestido de lienzo blanco sembrado de estrellas. No hubo una mesa general de refresco, sino muchas pequeñas, a las que parcialmente eran conducidas las señoras, para ser obsequiadas con lo que deseaban y en que eran perfecta y abundantemente servidas.

“Este es el bosquejo material, el traslado descolorido del salón de baile y de los salones de convite, ¿quién tendría la osadía de pretender presentarlo animado, con la música, la alegría, la juventud y la hermosura?

“Nos limitaremos a decir, en el lenguaje de la verdad, que la concurrencia fue magnífica, sobre toda ponderación. Las señoritas llevaban terciadas en el hombro bandas de seda tricolores, con que habían sido obsequiadas al entrar. La música hacía vibrar sus sonoros compases, enardeciendo el entusiasmo, vivificando el placer, acrisolando el júbilo en los corazones de los concurrentes. La gracia, la belleza, el donaire, cuanto pueda desear la imaginación febril y exigente de un poeta, se encontraba allí, como producido instantáneamente de cada rayo de luz, de cada perfume y de cada suspiro de la música. A los ecos de las danzas respondían lejanos los vivas de los brindis y el ruido de los taponés, en las salas en que se servía el refresco. Los jóvenes giraban con sus compañeras olvidados de sí mismos. El C. Presidente fue sin cesar obsequiado y felicitado por señoras y señoritas. A las cinco y media de la mañana, cuando el sol emprendía su majestuosa marcha, terminó la función, dejando un mundo de ilusiones en cada cerebro y recuerdos gratos y sinceros de amor al señor Juárez, cuya bondad y cuyos sentimientos por la patria, fueron la mejor pompa y el más rico adorno de esta solemnidad que dejará, en cuantos la presenciaron, recuerdos imborrables.”